

FUE A BUSCAR A SU HIJO, PERO ÉL NUNCA ESTUVO ALLÍ



SU PEOR PESADILLA

ANDREA MARA

MOTUS

SU PEOR PESADILLA

Andrea Mara

Traducción: Carmen Bordeu

MÓTUS

“Quedé atrapada desde la primera página... jugó con mis peores miedos y siguió subiendo las apuestas... No intuí ninguno de los giros del final”.

—Sarah Pearse, *El Sanatorio*.

Título original: *All her fault*

Edición original: Bantam Press, un sello de Transworld. Transworld forma parte del grupo editorial Penguin Random House.

© 2021 Andrea Mara

© 2023 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2023 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-18711-77-0

Índice de contenidos

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

Primera Parte. Noviembre de 2018

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Segunda Parte

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

Tercera Parte

Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78

Agradecimientos

Preguntas para el club de lectura de Su peor pesadilla

Si te ha gustado esta novela...

Andrea Mara

Manifiesto Motus

Para Nicola, con amor

PRIMERA PARTE
Noviembre de 2018

CAPÍTULO 1

Marissa

Viernes

LA CASA PARECÍA UNA CASA cualquiera y la puerta parecía una puerta cualquiera. Corriente. Un poco genérica. No lo que Marissa esperaba. Tocó el timbre y dio un paso atrás. ¿Qué esperaba? Algo un poco más imponente, tal vez. Jenny fue muy arreglada a la reunión social del colegio, y Marissa se dio cuenta de que se había formado una imagen que no encajaba demasiado con esta casa de aspecto tan ordinario y su puerta tan ordinaria.

Mientras esperaba, su mente repasó todo lo que habían planeado para el fin de semana. Tendría que ir a la oficina en algún momento —faltaban pocas semanas para la auditoría— y tenía que revisar el expediente Fenelon de nuevo. Luego, tenía su partido de tenis, el club de lectura..., mierda, todavía no había terminado el libro.

Pasos. Y una sombra a través del cristal cuando Jenny se acercó y abrió a puerta. Solo que no era Jenny. La mujer era baja, con una mata de rizos castaños rebeldes y un paño de cocina en la mano. ¿La niñera, quizás? Aunque no se parecía mucho a las niñeras y *au pairs* que Marissa veía cuando dejaba a Milo en el colegio cada mañana.

—Hola, soy Marissa. Vengo a recoger a mi hijo, Milo —le dijo a la mujer.

—Ah, te debes de haber equivocado de casa, aquí no hay nadie llamado Milo.

—Vaya —exclamó Marissa, y sacó el móvil de su bolso—. Lo siento mucho, déjame ver... —Pulsó en el mensaje de Jenny y leyó en voz alta—. Tudor Grove 14... —Miró a la mujer—. Lo siento, ¿qué número es este?

—Es el catorce, pero aquí no hay ningún Milo. Solo yo.

Marissa meneó la cabeza y volvió a mirar el texto, como si hubiera podido cambiar en los segundos transcurridos. Se lo mostró a la mujer.

—No me estoy volviendo loca, ¿verdad? Aquí dice Tudor Grove 14.

La mujer asintió.

—Alguien te dio mal la dirección. Seguro, llámale y verás.

La mujer comenzó a cerrar la puerta y fue entonces cuando Marissa experimentó la primera punzada de inquietud. Era la misma sensación del fin de semana pasado cuando no podía encontrar a Milo en el parque... Estaba allí en alguna parte, por supuesto que sí, pero no podía relajarse hasta que lo viera. Y segundos después lo vio. Pero entonces no lo veía. Entonces, Milo estaba en la casa de Jenny y la mujer que no era Jenny estaba cerrando la puerta.

—¡Espera! Lo siento, ¿te importa si me quedo aquí mientras llamo, por si ha habido alguna confusión?

Los amables ojos castaños de la mujer sugirieron que no tenía ni idea de a qué tipo de confusión se refería Marissa, pero mantuvo la puerta abierta. Marissa pulsó el botón de llamar en el mensaje de Jenny y esperó a que sonara el timbre. No hubo ningún timbre. Solo un mensaje automatizado.

“El número marcado existe.”

La inquietud se convirtió en un leve pánico.

—No funciona —dijo Marissa a la mujer con voz ronca.

—Pasa —la invitó la mujer, y abrió la puerta del todo—. Debe de ser una tontería. Algún fallo de la compañía telefónica, sin duda. —Continuó hablando mientras Marissa la seguía a la cocina, sin dejar de llamar a Jenny. Pero el mensaje era siempre el mismo.

“El número marcado no existe.”

—Esta persona a la que intentas llamar, ¿quién es?

—Jenny. Una mamá del colegio. Mi hijo Milo fue a jugar a su casa con su hijo Jacob. Esta es la dirección que me envió para que lo buscara. —Las palabras brotaban en ráfagas cortas y jadeantes.

Le mostró a la mujer el mensaje de Jenny.

La dirección es Tudor Grove 14. Si todavía no he llegado del trabajo, Carrie, la niñera, estará allí con los niños.

La mujer ladeó la cabeza con desconcierto.

—No tiene sentido —agregó Marissa—. Si esta es su dirección, ¿por qué no

está ella aquí? —Su respiración se hizo más corta, más rápida—. ¿Por qué Milo no está aquí?

—¿No has estado nunca antes en su casa?

—No, no. Milo acaba de empezar el colegio este año y es la primera vez que Jacob lo invita a jugar. —Tragó saliva e intentó inspirar y espirar más despacio—. Conocí a Jenny en la reunión social del colegio y me pareció encantadora..., no entiendo qué está pasando. ¿Cómo pudo equivocarse con su propia dirección?

—¿Tienes el número de alguna otra madre de la clase? Podrías llamarla para pedirle la dirección correcta.

Por supuesto. Eso era lo que tenía que hacer. Sarah Rayburn tendría el número de Jenny con toda seguridad. Sarah conocía a todo el mundo. Habría una explicación sencilla. Marissa buscó el número de Sarah y lo marcó. Sarah contestó con voz sorprendida.

—¿Cómo estás, Marissa? —exclamó en un tono que significaba: “¿Por qué me llamas a las cinco y media de un viernes?”.

—¿Tienes el número de Jenny Kennedy, Sarah? ¡Milo ha ido a jugar con Jacob, pero Jenny me dio una dirección equivocada y ahora no tengo ni idea de adónde ir a buscarlo! —Marissa se rio, pero la risa sonó histérica.

—Debe de haber algún error, Marissa. ¿Puedes haberte confundido de día?

—¿Qué quieres decir?

—Milo no puede estar jugando con Jacob, Jacob está aquí, en casa.

Fue entonces que se le doblaron las piernas. El teléfono cayó de su mano, se desplomó contra la pared y clavó la mirada en la mujer.

—No sé dónde está mi hijo —susurró y se deslizó hasta el suelo de la desconocida.

CAPÍTULO 2

Marissa

Viernes

SE LLAMABA ESTHER —LA DUEÑA de la casa que no era de Jenny—, Marissa la oyó decirlo a medias cuando la mujer recogió el teléfono del suelo para hablar con Sarah.

—Estoy aquí con tu amiga, que se ha llevado un buen susto. —Esther hablaba por teléfono mientras se inclinaba junto a Marissa—. Esto... Sarah, ¿no? ¿Tienes el número de esta mujer, de Jenny?

Se acercó a la mesa, y con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, escribió algo en el reverso de un sobre.

—Perfecto. La llamaremos. O sea, que el niño de Jenny está en tu casa. ¿Estás segura? Por supuesto, lo entiendo. Sí, te avisaremos. Adiós. Adiós.

Esther miró a Marissa mientras colgaba.

—¿Quieres que lo haga yo, que llame a tu amiga?

Marissa volvió a asentir. Solo que Jenny no era su amiga. Se habían visto una sola vez, aquella noche en la reunión social del colegio. Habían conectado bien después de darse cuenta de que tenían puesto el mismo vestido: “O nos evitamos toda la noche o nos reímos y nos sacamos selfis”, había sugerido Marissa a Jenny, una mujer tímida de Cork que parecía divertida detrás de su apariencia tranquila. Así que cuando Jenny le había enviado un mensaje de texto para invitar a Milo a jugar con Jacob, Marissa no lo había pensado dos veces: se *conocían*, por el amor de Dios, no era como enviar a tu hijo a la casa de una desconocida. ¿O sí? Dios, ¿lo era?

Había algo en el rostro de Esther mientras esperaba con el teléfono en la

oreja y los ojos fijos en Marissa. Luego, su expresión cambió.

—Hola, ¿Jenny? No me conoces, pero estoy aquí con tu amiga Marissa. ¿De la clase de tu hijo? Sí. Ella pensaba que su hijo estaba en tu casa hoy, parece que hay un malentendido. Ahora voy a ponerte el manos libres. —Puso el móvil en la mesa de la cocina.

—Hola, lo siento, estoy fuera por trabajo, estoy en Francia —dijo la voz en el teléfono—. No habíamos quedado para que niños jugaran hoy en casa. Jacob está en casa de Sarah Rayburn.

—Pero me enviaste un mensaje —precisó Marissa—. ¿No me mandaste un mensaje de que se quedaba en tu casa?

—No, no te he enviado ningún mensaje... No sé qué ha podido pasar. Escucha, ¿no hay otro Jacob en la clase? ¿Podría ser eso?

Esther levantó las cejas hacia Marissa. ¿Podría ser eso lo que había pasado?

¿Desde luego! Jacob... ¿Wilcox? Tenía que ser eso. Dios, qué idiota era, todo el lío que había armado. Empezó a ponerse de pie y, luego, se detuvo. Eso solo tenía sentido si la otra madre también se llamaba Jenny. Y todavía no explicaba por qué le había dado la dirección equivocada.

Marissa se incorporó y cogió el teléfono de la mesa.

—¿Podrías mandarme el número de la madre de Jacob Wilcox, Jenny?

Cuando el pitido agudo sonó segundos después, Esther y Marissa miraron el contacto enviado sin decir nada. El nombre de la madre no era Jenny, por supuesto. Pero podía haber alguna explicación, algo que tuviera sentido cuando hablaran con ella.

Esther llamó y volvió a poner el teléfono en manos libres.

Después de lo que pareció una eternidad, alguien contestó.

—¿Hola? Lo siento, espera que voy a salir —explicó una voz metálica y aguda—, estoy en un bar y no se oye nada.

Esther miró a Marissa y abrió la boca para hablar.

—Hola, soy una amiga de Marissa Irvine; Milo, su hijo, está en la clase con tu hijo Jacob y nos preguntábamos si Milo no estará en tu casa hoy.

—No, Jacob está con mi suegra. Lo siento, estoy en una fiesta de la oficina y no se escucha nada. ¿Por qué supuso que estaba en mi casa?

—Ha sido un malentendido, gracias por tu tiempo —respondió Esther, y cortó. Se volvió hacia Marissa—. ¿Y el padre de Milo? ¿Y si fue a buscarle al colegio y se olvidó de avisarte?

Peter. Podría ser. Un alivio prematuro invadió a Marissa mientras marcaba el

número de su marido.

—¡No me digas nada, lo sé, es noche de pizza! —exclamó él cuando contestó—. Tengo que enviar una última tanda de documentos y voy para casa. ¿Se ha divertido el Ratón Milo con su amigo?

—¿No está contigo, Peter?

—¿Milo? No, todavía estoy en el trabajo. ¿Ha pasado algo? ¿Por qué no está contigo?

—Lo habían invitado a jugar y cuando vine a buscarlo no estaba. Pero era la casa equivocada, la madre me dio mal la dirección —soltó ella en un único suspiro de pánico.

—¿Por qué no la llamas para que te dé bien la dirección? —aventuró Peter.

—Lo hice, pero no era ella. —Sabía que lo que estaba diciendo no tenía sentido—. La persona que me envió la invitación dijo llamarse “Jenny”, pero no era la Jenny que conozco. Y el número está fuera de servicio.

—Pero me imagino que la llamaste para confirmar la invitación, ¿no?

—No, quedamos por mensaje. —Oh, Dios, debería haber llamado. ¿Por qué no había llamado?

—De acuerdo, voy para casa, tenemos que llamar a la policía, ¿puedes llamar tú? Y, después, empieza a llamar por teléfono a todos los padres de la clase. Te veré en casa.

Marissa colgó y marcó el 999.

Al final, Esther llevó a Marissa a su casa para que pudiera concentrarse en hacer las llamadas. De todos modos, Marissa no creía estar en condiciones de poder conducir. Le temblaban las manos al marcar cada número, y siempre obtenía la misma respuesta: “No, aquí no está.” “¿Puedo hacer algo para ayudar?” “Debe de ser una confusión.” Las voces preocupadas teñidas de alivio, “Gracias a Dios que no es mi hijo” debajo de cada “Avísanos cuando sepas algo”, adiós. Cuando se detuvieron en el camino de entrada, Marissa se bajó de un salto, segura de que Milo estaría allí, sentado en la puerta, que de alguna forma se las había ingeniado para regresar del colegio por su cuenta. Gritó su nombre una y otra vez y fue a mirar alrededor de la casa, preguntándose si sería capaz de trepar la puerta lateral y llegar al jardín trasero. Dentro de la casa, corrió hasta la puerta trasera y la abrió con manos temblorosas, luego salió al jardín, sin dejar de gritar su nombre. Nada. Nadie.

Esther la había seguido al interior y estaba de pie en la cocina.

—Dos policías de la Garda* acaban de llegar en un coche. Lo solucionarán,

ya lo verás, no te preocupes. Siéntate aquí —le indicó, y palmeó un taburete en la barra de desayuno.

Marissa no se sentó. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el siguiente número, pero era uno al que ya había llamado. Estaba perdiendo la cuenta y se estaba quedando sin nombres. ¿Habría más padres de los que tenía en su teléfono? ¿Lo sabría Ana? Espera, ¿podría esto tener algo que ver con Ana? Tal vez no se había ido después de todo.

El timbre sonó, aunque la puerta principal estaba abierta. Marissa divisó a los dos agentes en el escalón de entrada y les hizo una seña para que pasaran.

—Tengo que llamar a Ana, mi *au pair* —explicó antes de que ninguno de los dos tuviera la oportunidad de hablar—. Se ha tomado el día libre porque se va de viaje este fin de semana, pero tal vez me confundí de fin de semana, quizá ha recogido a Milo...

Pulsó el número de Ana y esperó mientras sonaba, con el móvil apretado con tanta fuerza contra la oreja, que le dolía. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo. Nada.

—Señora Irvine —dijo una oficial, una mujer rubia de unos treinta años que parecía severa pero no antipática—. Soy la sargento McConville y él es Breen, agente de la Garda. —Señaló con la cabeza a su colega, un hombre alto y delgado con expresión de cierto aburrimiento—. ¿Puede decirnos qué ha pasado?

Marissa obedeció, mientras Esther preparaba té y el agente llamado Breen tomaba notas. Hizo una pausa cada pocos minutos para volver a llamar a Ana, pero siguió sin obtener respuesta. Probó con el número en el texto de “Jenny” y les mostró la pantalla a los policías.

—No está operativo, pero no sé qué significa eso.

Los policías no se miraron entre sí, pero Marissa percibió un intercambio tácito. Significara lo que significara, un número fuera de servicio no era algo bueno.

—¿Cuántos años tiene su hijo, señora Irvine?

—Poco más de cuatro —respondió Marissa con la voz quebrada, y volvió a llamar al número de Ana.

El sonido de una llave en la puerta la hizo levantarse de un salto y correr hacia el vestíbulo. Peter entró, pero solo, sin Milo trotando detrás de él. Poco a poco, las posibilidades se le iban escurriendo de las manos.

—¿Dónde está Milo, Peter? —exclamó y dejó caer la cabeza en el pecho de su

marido. Él la abrazó y hundió el rostro en el cabello de ella.

—Todo irá bien, te lo prometo, lo encontraremos. ¿La policía está en la cocina?

Marissa asintió y lo guio para presentarle a McConville y Breen, y a Esther también, a quien describió como la verdadera residente de Tudor Grove 14.

Breen, que con su pelo rubio claro y su tez sonrosada parecía como si acabara de graduarse, estaba en un rincón hablando por el móvil. ¿Buscando al titular del número de “Jenny” tal vez? Marissa intentó escuchar, pero la voz del oficial era poco más que un murmullo.

—¿Podría Ana saber algo? —preguntó Peter.

—No contesta el teléfono. Se supone que está en Galway con su novio, y por alguna razón no contesta.

Se miraron fijamente, sin saber qué decir.

McConville se aclaró la garganta, con sus ojos grandes y grises todavía serios, pero también comprensivos.

—Me pregunto si podrían darme una foto reciente de Milo.

Fue entonces cuando la realidad golpeó el pecho de Marissa como una maza. No era una confusión. Su hijo estaba oficialmente desaparecido.

* La Garda Síochána na hÉireann, conocida comúnmente como la Garda, es la institución de la policía nacional de la República de Irlanda. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 3

Marissa

Viernes

A PARTIR DE ESE MOMENTO, todo se sucedió a un ritmo vertiginoso, pero Marissa lo observó en cámara lenta, entumecida, frotándose la cicatriz de la barbilla. Sentado a la mesa, Peter buscaba una foto de Milo en su móvil. Esther preparaba más té. McConville estaba ocupada con su teléfono: intentaba conseguir el número del señor Williams, el profesor de Milo. Sin duda, él recordaría quién había recogido a Milo, ¿no? Marissa trató de imaginarse la fila de niños a la hora de salida del colegio: el profesor que atravesaba el patio hacia los padres que esperaban y les entregaba los niños de preescolar, uno por uno. Los pequeños tenían que levantar la mano cuando veían a uno de sus padres o a la niñera; el profesor nunca los dejaba ir sin verificarlo. Pero muchos niños eran recogidos por una mezcla de padres, niñeras y abuelos que variaba de un día a otro; cuando un niño levantaba la mano, ¿el profesor se fijaba de verdad en quién lo recogía?

Breen estaba contemplando la foto de Milo en el teléfono de Peter y tomaba notas.

—¿Qué llevaba puesto Milo hoy?

—El chándal del colegio. Ah, y su impermeable favorito. Es verde brillante con dinosaurios plateados. Le encanta ese abrigo.

—¿Puede decirme si Milo tiene algún rasgo distintivo? —preguntó el agente.

¿Lo tenía? ¿Contaba la peca en su pie o el hoyuelo en su barbilla? El miedo y la conmoción la asfixiaron de nuevo al pensar en el pequeño pie, en la luminosa melena rubia.

—No, ninguno —respondió Peter—. Aunque su pelo podría llamar la atención, lo lleva un poco más largo que la mayoría de los chicos y es rubio brillante. También es pequeño para su edad.

—¿Algún problema médico?

—Es intolerante a los lácteos —susurró Marissa— y no come mariscos porque creemos que puede ser alérgico, pero no lo sabemos.

Breen pareció no entenderlo. Marissa lo intentó de nuevo.

—Peter es alérgico a los mariscos, así que nunca compramos mariscos; la idea es hacerle la prueba a Milo, para estar seguros. Una vez tuvo una extraña reacción al paracetamol, así que no se lo damos, y tampoco tolera el jabón: le produce urticaria.

Breen la miró con escepticismo. Quizá no creía en las alergias y las intolerancias.

—Bien. ¿Algo más que valga la pena destacar?

—Tiene una inteligencia poco común para su edad. Es superhábil con los números y está obsesionado con los colores; siempre está hablando del color de las cosas, incluso de las que no podemos ver, como las letras y los números. Si alguien lo escuchara hablar, tal vez le llamaría la atención... —Marissa se interrumpió, frenada por las cejas levantadas de Breen. No era el tipo de información que necesitaba saber; no iba a servir de nada.

McConville se acercó a ellos con una mano sobre el teléfono.

—He localizado el número del señor Williams, lo estoy llamando ahora —les informó.

Peter tomó la mano de Marissa.

—Nos habría avisado si nadie hubiera recogido a Milo; los profesores no se llevan los niños a su casa como si nada cuando sucede algo así.

—Lo sé, lo sé —contestó Marissa con un susurro tenso. Por supuesto que los profesores no se llevaban a los niños a su casa. A no ser que fuera un desquiciado. Y el señor Williams, un hombre de mediana edad, barrigón y de sonrisa fácil, no parecía ese tipo de persona. Pero de todos modos, ¿qué aspecto tenía un desquiciado?

—¿Señor Williams? Soy la sargento McConville de la comisaría de Blackrock. Lo llamo en relación con un niño de su clase. ¿Recuerda quién recogió a Milo Irvine del colegio hoy?

Marissa y Peter se inclinaron hacia delante a la vez, para poder escuchar.

—Bien, ¿está usted seguro? —continuó McConville, mirándolos—. ¿Y no

hubo nada que le llamara la atención? De acuerdo, es probable que tengamos que volver a hablar con usted esta tarde; le avisaremos antes de pasar por su casa.

—¿Qué pasó..., quién fue? —exclamó Marissa antes de que McConville tuviera tiempo de colgar.

—Dice que fue la niñera quien recogió a Milo. ¿Puede darme su número y nombre completo?

El alivio embargó a Marissa.

—Ana García. Tal vez la invitación se canceló o ella se dio cuenta de que había una confusión. La llamaré de nuevo.

Marissa marcó el número, pero el timbre sonó y sonó otra vez hasta que se cortó la comunicación. Le pasó el móvil a McConville, quien guardó el número en su propio teléfono, llamó de nuevo a la comisaría y se dirigió al vestíbulo para hablar desde allí.

Peter se puso de pie y se pasó los dedos por el pelo.

—¿Pero no se supone que se iba el fin de semana? ¿A Galway?

Marissa levantó las manos.

—¡No lo sé, Peter! Estoy haciendo todo lo que puedo para aclararlo. En cuanto nos comuniquemos con ella, sabremos qué pasó; lo principal es que fue ella quien lo recogió.

McConville volvió a la cocina y los miró alternativamente.

—¿Cuánto hace que conocen a su niñera?

—Dios mío, ¿qué pasa? —preguntó Marissa mientras Peter se hundía en una silla.

—Tenemos que cubrir todas las posibilidades. ¿La conocen bien?

—¡Por supuesto! —replicó Marissa—. Ha estado cuidando a Milo durante más de un año, se porta genial con él.

—¿Tiene algún vínculo aquí, algún pariente en Irlanda?

—No, no tiene familia aquí, están todos en Perú, pero tiene un novio. También es peruano y trabaja en un centro de recepción de llamadas en el centro de la ciudad o en el parque industrial de Sandyford tal vez, no me acuerdo ahora.

—¿Dónde viven?

—Ella vive en una casa compartida en Dún Laoghaire; no viven juntos.

Peter interrumpió.

—No, sí que viven juntos. Él es uno de los chicos de la casa compartida, así

es como se conocieron.

Marissa se volvió hacia él. ¿Por qué Ana no se lo había mencionado nunca? Aunque lo cierto es que ellas no solían hablar demasiado de la vida personal de Ana, sino casi siempre de Milo y de lo que hacía cada día en particular.

—Da igual, confiamos en ella con los ojos cerrados. Si ella recogió a Milo hoy, está todo bien.

Breen se dio la vuelta hacia McConville y deslizó una libreta y un bolígrafo por la mesa hacia Marissa.

—¿Podría anotarnos su dirección? Enviaremos a alguien a la casa, ya que sigue sin contestar el teléfono.

Marissa cogió el bolígrafo; la mano le temblaba.

—En realidad no sé su dirección... —Miró a Peter—. ¿Tú la sabes? En algún lugar de Tivoli Road, ¿no?

—¿O cerca de la rotonda de Glenageary...? Espera —añadió—, debería tener su currículum en un correo electrónico.

Mientras se desplazaba en su teléfono, cuatro pares de ojos observaban y esperaban en silencio.

—Mierda —masculló después de un minuto. Levantó la vista—. La dirección es la que tenía cuando solicitó el trabajo: un apartamento en el centro de la ciudad. Se mudó a Dún Laoghaire después de que la contratamos. No tengo esa dirección.

—No pasa nada —comentó Breen, aunque estaba claro que no era así—. ¿Tienen el nombre del novio para que tratemos de localizarlo?

—Seb —dijo Marissa—. Seb... No sé su apellido. La gente no te dice los apellidos, ¿verdad? —Se volvió hacia Peter y Esther en busca de confirmación.

—Yo tampoco lo sé —admitió Peter—. La verdad es que yo no me cruzaba mucho con Ana, la que estaba más con ella era Marissa.

Marissa cogió su móvil y volvió a probar el número de Ana.

—¿No pueden localizarla por GPS o algo así? —preguntó cuando se cortó la comunicación.

McConville asintió.

—Mientras el teléfono siga encendido es una buena señal.

El intento de tranquilizarla dejó a Marissa con un nudo en el estómago. ¿Una buena señal de qué? ¿De que su niñera no había desaparecido de manera inexplicable con su hijo? Meneó la cabeza. No tenía sentido. Ana era adorable,

tan buena con Milo, y todo había sido tan fácil; se había adaptado muy bien desde el primer momento. Tenía que ser un malentendido.

—¿Tenéis una foto de Ana? —agregó McConville.

—Sí, un minuto —contestó Marissa y deslizó el dedo por la pantalla de su teléfono.

Ana siempre enviaba fotos durante el día: Milo en los columpios del parque, Milo en el jardín, selfis sonrientes de los dos en el muelle de Dún Laoghaire. Encontró una de hacía unas semanas: la larga melena oscura de Ana que brillaba bajo la luz del sol, su ancha sonrisa y las gafas de sol que ocultaban unos profundos ojos castaños. Milo a su lado, con las cabezas juntas, su sonrisa igual de ancha, su cabello rubio hasta los hombros más claro de lo habitual bajo el sol. Marissa le pasó el móvil a Breen.

Esto era surrealista. Una hora antes se dirigía a buscar a su hijo a la casa de un amiguito y ahora la policía le pedía fotos de su niñera.

—Gracias. La voy a reenviar a mi teléfono y la llevaremos a la comisaría.

El teléfono de McConville sonó y la sargento se puso de pie para atenderlo en el vestíbulo.

Marissa se incorporó también.

—Tenemos que salir a buscarlos.

Breen negó con la cabeza.

—Necesitamos que os quedéis aquí por si aparece Ana y que nos ayudéis a verificar todos los detalles que podamos. La Garda los está buscando ahora. Será más útil que permanezcáis aquí.

Entonces aparecieron las lágrimas, los sollozos aterrados que había estado conteniendo durante la última hora. Peter se levantó y la abrazó.

—Todo irá bien. Ana adora a Milo, tú misma lo dijiste. Volverá en cualquier momento, avergonzada por todos los problemas que ha causado. Y entonces tú te sentirás mal por haber dudado de ella, ¿tengo razón? —Se inclinó hacia atrás y le tomó la barbilla entre ambas manos, intentando sonreír—. Mientras tanto, llamemos de nuevo a todos los padres. Tal vez uno de ellos haya hablado hoy con Ana a la salida del colegio.

Marissa asintió y volvió a sentarse.

—¿Tienen los números de todos los padres? —preguntó Breen.

—Sí, tengo una hoja de Excel en un correo electrónico... —Marissa buscó en su móvil hasta encontrarla—. Creo que son unos veinte, pero hay algunos que faltan.

—De acuerdo, dividamos la lista y empecemos a llamar —sugirió Peter, y se inclinó sobre el hombro de su mujer.

Breen asintió. Tal vez porque de verdad era útil o tal vez para darles algo que hacer; a Marissa le daba igual, no podía quedarse sentada esperando.

—Yo también ayudaré —se ofreció Esther, y sacó su móvil.

Y, mientras los policías se ponían de pie y se sentaban para hacer y recibir llamadas de la comisaría, Marissa, Peter y Esther permanecieron sentados y llamaron a todos los padres de los alumnos de preescolar de la escuela pública de Kerryglan para preguntar si alguien había visto a Milo Irvine.

CAPÍTULO 4

Jenny

Viernes

JENNY CONTEMPLÓ SU REFLEJO EN el espejo con una mueca; observó el vestido negro, los tacones y la línea de pintalabios rojo. ¿Era un poco exagerado? Nunca estaba segura de cuánto debía arreglarse para estas cenas de trabajo. Se giró hacia un lado. Los tirantes del vestido eran un poco finos, tal vez. Se puso una chaqueta. Mejor. Mejor para una cena de trabajo, al menos. ¿Se habría preocupado así antes de aquella noche en Nantes, o si Mark no hubiera ido? Como en respuesta a una señal, su teléfono emitió un sonido. Mark. Se puso las gafas para leer el mensaje.

Algunos de la oficina de Londres van a tomar algo antes de la cena en un bar irlandés por Champs Elysées (¿se escribe así?), cerca del restaurante. ¿Vienes?

Escribió una respuesta.

Tengo que llamar a casa. Te veo en el restaurante.

Luego, lo cambió un poco.

Os veo en el restaurante.

Las pequeñas palabras importaban, y también las impresiones erróneas. O no. Tal vez estaba dándole demasiadas vueltas otra vez.

Comprobó la hora: poco antes de las siete, es decir, casi las seis en casa; Richie debería haber vuelto de recoger a Jacob. Marcó el número y esperó, enrollando un mechón de pelo alrededor de su dedo. De pronto, tenía muchas ganas de hablar con Jacob.

—Hola. —Richie no podía sonar menos interesado en su llamada.

¿Cómo habían llegado hasta aquí, con esta distancia entre ellos? Lo ignoró. Pelear por teléfono nunca terminaba bien.

—Hola. Voy a salir a cenar. Otra noche más de intentar en vano mantener charlas interesantes sobre la banca de inversión; ¿por qué no hay cursos en los que enseñen cómo hacerlo? —Se rio cohibida, y se estremeció al darse cuenta de que ya ni siquiera podía mantener una conversación trivial con su propio marido—. Pero bueno, quería saludaros... ¿cómo está Jacob?

—Todavía no lo he recogido, voy ahora.

—¡Ay, Richie! ¡Las invitaciones a jugar son hasta las cinco!

—No pasa nada, seguro que estará feliz de tener a alguien con quien jugar.

Ahí estaba. La indirecta. Como si tener otro bebé fuera a arreglar las cosas.

—¿Puedes ir a buscarlo ahora mismo? Avisaré a Sarah que estás en camino. Se debe de estar preguntando por qué no has aparecido todavía.

—Relájate. Eres tú la que tiene todas esas reglas en la cabeza, los demás no se preocupan por cada menudencia.

Jenny se mordió el labio. Estaba claro que Richie no entendía que ser una desconocida en un colegio en el que todos los padres parecían conocerse ya era bastante duro, sin necesidad de enfadar a la gente por llegar tarde a recoger a tu hijo.

—¿Me llamas cuando lleguéis a casa? Es que... ha pasado algo raro. Marissa Irvine pensó que su hijo estaba en casa jugando con Jacob. Estoy segura de que ya está todo solucionado, pero no dejo de pensar en eso... en imaginar lo que sería no saber dónde está tu hijo, ¿sabes?

Silencio. Luego, el sonido de la puerta de entrada y el tintineo de llaves.

—¿Richie? ¿Sigues ahí?

—Sí, estoy subiendo al coche, te llamaré cuando estemos de vuelta.

Cortó, y Jenny se sentó en el extremo de la cama de hotel, con los ojos clavados en el móvil. Por impulso, buscó el número de Sarah Rayburn y le dio a la llamada.

—Hola, soy Jenny, siento mucho que Jacob todavía esté allí. Estoy fuera por trabajo y acabo de hablar con Richie; está de camino.

—Ningún problema. Están felices viendo televisión. Por lo general no la enciendo cuando viene algún amigo a jugar, pero necesitaba subir a la planta de arriba con mi hija pequeña; debí haberla bañado hace rato.

Mierda.

—Oh, Dios, lo siento. Richie llegará en cualquier momento.

—Está bien, no te preocupes. Ahora voy a ponerle el pijama...

—Escucha, antes de cortar: he recibido una llamada extraña de Marissa Irvine hace un rato, pensaba que Milo estaba en mi casa... Dijo que también había hablado contigo.

—Sí, ¡es muy extraño! —De pronto, Sarah parecía más entusiasmada con la charla—. Quería tu número, y cuando le dije que Jacob estaba aquí casi se *muere*. Se hizo un silencio..., creo que nunca he oído a Marissa Irvine quedarse callada. Suele ser tan, bueno, tan segura de sí misma.

—Supongo... —aventuró Jenny, y se preguntó qué tenía que ver eso—. ¿Sabes si se ha solucionado? ¿Si ya saben dónde estaba Milo?

—Creo que no. Acabo de recibir otra llamada de Peter, el marido. Están llamando a todos los padres de la clase para ver si alguien vio quién lo recogió. ¿Te imaginas?

Jenny no podía imaginárselo. Una vez había perdido de vista a Jacob en la playa y aún podía recordar el pánico que había sentido mientras lo buscaba. No debieron de ser más de dos minutos, pero nunca lo había olvidado.

—Dios, es horrible.

—Sí, y sobre todo que Marissa siempre lo está alabando, ya sabes, se pasa el día diciendo que tiene un don y es especial.

Jenny solo había visto a Marissa una vez y no estaba segura de que eso fuera cierto, pero de todos modos, no parecía el momento adecuado para indirectas encubiertas.

—Bueno, es su único hijo... —señaló.

—Exacto. Y el primero siempre será el primero. Es difícil no malcriar a un hijo único. Uy, lo siento, no te ofendas, ¡estoy segura de que no malcrías a Jacob! Bueno, cuando Peter llamó, me preguntó si había visto a su niñera, Ana, a la hora de la salida —prosiguió Sarah—. Al parecer no pueden localizarla. Es todo un poco raro, ¿no crees? Se suponía que se iba de viaje esta tarde, pero ahora creen que al final podría haber ido al colegio. —Sarah se las arregló para cargar de insinuación la última frase.

—Me imagino que están tratando de averiguar qué pasó. Carrie, nuestra niñera, apareció una vez a la hora de la salida en su día libre; se confundió de día. Son cosas que pasan.

—Mmm... Me da la impresión de que hay algo más que eso. Te hace pensar, ¿no?

—Ajá... —respondió Jenny, aunque no tenía idea de lo que Sarah quería decir.

—Sé que no es políticamente correcto —continuó Sarah—, pero no sé si yo contrataría a una niñera extranjera. Se crían de una forma muy diferente en otros países, ¿no?

—¿Sí?

—Bueno, ¿qué sabemos cómo piensa alguien de Perú? Yo no podría contratar a alguien de una cultura tan distinta.

Jenny parpadeó con incredulidad y trató de pensar en algo que decir. Más tarde, como siempre, se le ocurrieron varias respuestas perfectas, pero en ese momento, no supo qué contestar. Sarah llenó el vacío.

—Estoy segura de que alguien como tú pensará que es un disparate, pero así son las cosas por aquí.

Jenny estaba totalmente perpleja.

—¿Alguien como yo?

—Quiero decir, del campo. Estoy segura de que en el campo todo el mundo se conoce y la gente deja las puertas abiertas y nadie ni siquiera tiene una niñera. En Dublín es diferente. Sobre todo en Kerryglen.

Jenny abrió mucho los ojos.

—Pero yo soy de Cork, y hace quince años que vivo en Dublín. Nunca he vivido en el campo. Pero incluso...

Sarah la interrumpió.

—Da igual, la cuestión es que más allá de que haya o no algo raro con la niñera, Milo todavía no ha aparecido.

—Dios, pobre Marissa. No quiero molestarla ahora, ¿te importaría enviarme un mensaje cuando lo encuentren, para que sepa que está bien?

—Por supuesto —convino Sarah, con el chillido de un bebé como ruido de fondo—. Ahí está el timbre, probablemente sea tu maridito, mejor voy a abrir.

Se despidieron con rapidez y Jenny se quedó en el silencio de la habitación del hotel con una extraña sensación de desconexión. Al menos Richie había llegado y Jacob estaba bien. ¿Pero *ella* estaba bien? ¿Richie estaba bien? Esa parte no estaba nada clara.

CAPÍTULO 5

Marissa

Viernes

A MARISSA LE DOLÍA LA mano de apretar el teléfono contra su oreja, rezando cada vez para que la siguiente respuesta fuera diferente, para que en lugar de “No, lo siento, no lo he visto” escuchara “¡Sí! Está sano y salvo”. Pero nadie se lo dijo. Oyó miedo, curiosidad y empatía, y una o dos veces, una cierta entonación: la anticipación emocionante del drama en una noche de noviembre de otro modo aburrida. Cada pocos minutos, volvía a llamar a Ana, pero el teléfono seguía sonando hasta que la llamada se cortaba. Esther preparó más té que nadie quería, pero que todos bebieron, y Peter le sugirió con poco entusiasmo que debería irse a su casa. De ninguna manera, respondió la mujer, no tenía ningún plan para esa noche y no podía irse sin saber que el pequeño estaba a salvo.

La sargento McConville, de nuevo en el vestíbulo, murmuraba en su móvil. Cuando volvió a la cocina, su expresión decía que algo había cambiado.

—¿Qué pasa? —preguntó Marissa y se puso de pie.

—Me temo que no hay noticias de Milo, pero hemos localizado la dirección de Ana García y hemos hablado con quienes comparten la casa con ella. Ninguno de ellos la ha visto hoy; estaba dormida cuando se fueron esta mañana, pero hemos conseguido el número de su novio y estamos intentando comunicarnos con él. Tiene el teléfono apagado, pero insistiremos. Uno de los compañeros dijo que creía que Ana planeaba ir a la ciudad alrededor de las tres de la tarde para encontrarse con él, con el novio, en su oficina para coger un tren a Galway.

—Las clases terminan a las dos y veinte. Tal vez pensaba recoger a Milo y después ir al centro de la ciudad —aventuró Marissa—. Pero ¿por qué iba a llevarlo a Galway?

Cuatro rostros en blanco la miraron. Nada de eso tenía sentido.

—Necesito aire —susurró Marissa; se acercó a las puertas francesas y abrió una—. Seguiré llamando a Ana.

Fuera, se quedó un momento respirando la noche helada. Milo tenía que estar con Ana. Era la única explicación lógica. El señor Williams había dicho que ella lo había recogido. Tal vez Ana les había comentado que quería llevar a Milo a Galway y se les había pasado por alto: una de esas conversaciones a medias al final de un largo día. Volvió a llamar al número, desesperada por que alguien contestara.

Entonces lo oyó.

Venía del fondo del jardín, debajo del enorme roble, el que tenía el columpio.

Corrió por el césped oscuro con el móvil aún pegado a la oreja y escudriñó el árbol y el agujero del nudo, el que había visto usar a Ana cuando empujaba a Milo en el columpio. Y allí estaba, una luz en la oscuridad; el timbre era tan fuerte que parecía imposible que no lo hubiera oído antes.

El teléfono de Ana.

De regreso en la cocina, sin aliento y temblando, Marissa depositó el móvil en las manos de McConville.

—Es de Ana. Por eso no contestaba, se lo dejó aquí. No es la primera vez que se lo olvida... ¿Debería haberlo pensado! Pero el hecho de que el teléfono esté aquí tiene que ser una buena señal: Ana no estaba ignorando nuestras llamadas, no *podía* contestar. ¿Lo entienden?

Peter asintió, pero sus ojos decían otra cosa.

—¿Qué?

—Nada. Mira, sigamos revisando todo lo que sabemos sobre ella; quizá podamos averiguar dónde se hospeda en Galway.

McConville salió de la habitación con el móvil de Ana mientras Breen pasaba una página de su cuaderno y esperaba, con el bolígrafo preparado. Marissa se dejó caer en una silla. Peter tenía razón. Ya le habían contado a la policía todo lo que sabían sobre la niñera, pero volver a examinarlo no vendría mal. Y ya habían llamado a todos los padres.

—De acuerdo —dijo Breen—, ¿puede describirme un día típico de ella?

—Recoge a Milo a las dos y veinte y lo trae aquí, hace los deberes con él, luego juega con él en el jardín o lo lleva al parque si no hace demasiado frío. Le prepara la cena y para cuando volvemos del trabajo él ya está con el pijama puesto. Ana vuelve a su casa en autobús. Eso es todo. No es de mucha ayuda... Lo siento.

—Todo es útil. ¿Qué hace antes de venir a su casa?

Marissa miró a Breen y, luego, a Peter. Su marido se encogió de hombros ligeramente.

—En realidad, no lo sé —admitió ella y se volvió hacia Breen—. Solemos conversar un poco cuando llego del trabajo, pero siempre sobre el día de Milo. Ana no cuenta mucho sobre el resto de su día y yo no le pregunto. —Se acomodó en la silla. Breen no dijo nada.

—Claro que no preguntas —intervino Esther para rescatarla del incómodo silencio—. Es tu empleada y no quieres ser indiscreta.

—Exacto —replicó Marissa, volviéndose hacia Esther—. Quiero decir, ella está aquí para cuidar a Milo, así que eso es lo único que importa.

—¿Os dio referencias cuando la contrataron? —preguntó Breen levantando las cejas.

—¡Por supuesto! Dios mío, jamás contrataríamos a alguien para cuidar de nuestro hijo sin comprobar sus referencias. Trabajó en un colegio en Perú antes de venir aquí y las recomendaciones eran excelentes. La contratamos a través de una agencia de niñeras, o sea, que tenía el aval de ellos, pero aun así verificamos sus referencias.

Breen escribió algo y la miró: sus ojos azul pálido la escudriñaron. ¿La juzgaban?

—¿Habló con la gente de la escuela?

—Por supuesto. Dijeron que era excelente en su trabajo.

—¿De dónde sacó el número?

—De la referencia.

—¿La que le dio ella? ¿Comprobaron el número?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si comprobaron en internet que el número de la referencia escrita era real. ¿Cómo sabéis que estabais hablando con alguien del colegio y no con una amiga de Ana en su casa?

A Marissa se le secó la boca. Intentó recordar la conversación con el colegio: había sido con una mujer que parecía mayor y su inglés era perfecto. Marissa